



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

La operación debía desarrollarse sin complicaciones. Un atraco a una sucursal bancaria acorde a un guion previsible y sencillo. Entrar, amenazar, reducir, saquear y salir. En un abrir y cerrar de ojos. Un trabajo limpio. Un golpe fácil para una banda bregada en asuntos mucho más peliagudos como asaltar a traficantes de marihuana. ¿Qué problema debía plantear una oficina sin apenas personal y que a esas horas previsiblemente sólo atendería a algún que otro jubilado o ama de casa comparado con robar a los reyes del mercado de la hierba? Pero, como reza el refrán: «Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes». En medio

del atraco sucede algo imprevisto que tuerce dramáticamente las cosas; llueven las balas y se impone una huida rápida, sin dinero y con mucha sangre. Una chapuza. Un estropicio.

Silvia Mercado, una *mossa d'esquadra* pertinaz, insobornable y sin miedo a crearse enemigos, asumirá la investigación de un caso que irá dejando nuevas víctimas por el camino y que le abrirá los ojos al crimen organizado vinculado al tráfico de drogas. Pero nada podrá prepararla para la trama de corrupción policial que va aflorando poco a poco ni para el terrible coste personal que le supone ir acercándose a la verdad.

CLAVES DE LECTURA

Miembro del cuerpo de los Mossos d'Esquadra desde 2004 y en la actualidad agente de investigación avanzada en la División de Investigación Criminal, Xus González ha facturado un thriller vibrante al que singulariza su capacidad de brindar un retrato veraz del trabajo policial al conocer su autor de primera mano los ambientes y dinámicas, métodos y limitaciones, que lo definen. Acción y entretenimiento, pero al mismo tiempo fidelidad y coherencia, un chute de adrenalina que no olvida en ningún momento humanizar la figura del policía, alejándolo de los clichés superheroicos a los que son proclives tantas ficciones literarias y audiovisuales.

Un atraco a una sucursal bancaria que toma unos derroteros imprevisibles es el punto de partida de una novela que, de forma escalonada, a medida que la investigación progresa, muta y se ramifica, va abriendo nuevos hilos narrativos y deparando giros y sorpresas que aceleran simultáneamente el ritmo cardíaco de los personajes y de los lectores. Ambición, odio, venganza, traición y colosales dilemas morales...

Al mismo tiempo, el autor ha centrado su atención en una realidad que conoce en profundidad: el tráfico de marihuana en España —devenido epicentro de la producción y la distribución en Europa— y dos efectos derivados del mis-

mo: los «narcoasaltos», es decir, robos violentos de la mercancía por parte de otros delincuentes, y las operaciones de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado destinadas a incautar la droga y a desmantelar las instalaciones en las que se cultiva.

Sin renunciar a los códigos trepidantes que reclama el género, la experiencia de Xus González en unidades de investigación de los Mossos d'Esquadra nos permite conocer, sin grandes licencias ni juegos de manos, cómo se desarrollaría un operativo policial enfrentado a una situación así, sus metodologías, protocolos y desafíos, subiendo la apuesta al retratarnos también con verismo las implicaciones y respuestas que conllevaría descubrir que en el origen de estos delitos estuviera la mano de un alto cargo en el mismo cuerpo.

Y aunque tenga toda la razón el escritor Toni Hill al recalcar que los personajes de *Un trabajo limpio* «brillarían en una peli del mejor Tarantino», no es menos cierto que sus agentes se nos presentan a ras de tierra, como hombres y mujeres que, lejos de ser lobos solitarios, deben aprender a trabajar en equipo, individuos que, como cualquier hijo de vecino, se las ven y se las desean para conciliar el trabajo y la familia, y que inevitablemente tienen sus encontronazos con jefes y compañeros.

PERSONAJES

Un trabajo limpio abarca un gran fresco de personajes a ambos lados de la ley y alguno clave que tiene un pie en cada uno de ellos. Las fuerzas de seguridad del Estado, con varios departamentos de los Mossos d'Esquadra a la cabeza, agentes de Asuntos Internos, abogados y jueces comparten protagonismo con miembros del crimen organizado —liderados por terribles serbios—, traficantes de marihuana, atracadores, asesinos a sueldo, matones de medio pelo, policías corruptos y también ciudadanos corrientes a los que ciega el odio y la avaricia hasta empujarlos al lado oscuro. Entre esta galaxia de individuos unidos por un torbellino de las más bajas pulsiones humanas cabría destacar a dos —situados a ambos extremos del arco moral y la dignidad profesional— ya que protagonizan un duelo digno de un western, una batalla sin cuartel hasta prácticamente la última página.

SILVIA MERCADO

Mosso d'Esquadra que trabaja en el grupo de Robos Violentos de la UTI Metro-sur, en la comisaría de Sant Feliu de Llobregat. Sobre sus hombros recaerá descubrir la trama criminal detrás del atraco que abre la novela, pero nada podría haberla preparado para el iceberg de corruptelas en el cuerpo que comienza a asomar tan pronto empieza a tirar de los hilos. Pareja sentimental de otro policía con el que espera poder formar una familia, Saúl Sanz, una desgracia personal redoblará sus esfuerzos y propulsará su resolución y su coraje a la hora de hallar a los culpables y limpiar el departamento.

«Silvia se asomó y vio a Quiroga tendido en el suelo.

Castro echó a correr de nuevo y Silvia fue a comprobar el estado de Quiroga, temiéndose lo peor.

Había recibido un disparo en el pecho, pero seguía consciente.

—Tienes que pararlo —dijo Quiroga—. Tienes que pararlo...

Una patrullera se aproximó a ellos. Silvia levantó la vista y vio a unos cien metros los vehículos de la UTI. Entre ellos estaba el Peugeot 308 negro con el que

habían llegado al puerto. Rebuscó entre los bolsillos de Quiroga y encontró la llave.

Dejó a Quiroga en manos de la compañera, que ya estaba solicitando la presencia de una ambulancia, y echó a correr hacia el Peugeot. Entró, arrancó y comenzó a acelerar, esquivando coches y personas.

Localizó a Castro a lo lejos. Seguía huyendo a la carrera, mirando atrás cada cierto tiempo. Había rebasado las barreras de acceso al puerto y llegado a la rotonda del inicio del paseo marítimo.

Silvia aceleró y aceleró con la vista clavada en el cogote del sargento. La barrera del carril de salida voló por los aires cuando el Peugeot impactó contra ella.

Castro corría por el paseo marítimo, paralelo a la playa, cuando se volvió al oír el estruendo de la barrera.

Ambos se miraron durante una fracción de segundo. El tiempo que tardó Castro en levantar el arma y abrir fuego contra el coche.

Silvia se encogió en el asiento, con el volante recto, directo hacia él.

¡Bum, bum, bum!

La luna delantera se resquebrajó, pero nada cambió.

Estaba a escasos metros de él...

Ya casi sentía el impacto del metal contra su cuerpo...

¡Bum!

Un cuarto disparo reventó la luna delantera por completo.

Lo primero que sintió Silvia fue un intenso escozor en algún punto del lado derecho de su cabeza. Después el dolor recorrió todo su cuerpo como si un rayo la hubiera atravesado de arriba a abajo.

Involuntariamente, acababa de desviar el volante hacia la izquierda. El Peugeot viró con brusquedad y golpeó a Castro con la parte lateral posterior, lanzándolo a varios metros de distancia.»

ROMÁN CASTRO

Ingresó en los Mossos con veintidós años, «sin oficio ni beneficio, ni más titulación que el graduado escolar», siguiendo la estela de su padre, que fue inspector del Cuerpo Nacional de Policía. Aunque el trabajo le entusiasmaba, con el tiempo la voluntad de servicio a la ciudadanía fue eclipsado por la posibilidad de enriquecerse abusando del poder creciente que le iba otorgando escalar de rango. En el presente de la novela, su afán de lucro está tan desatado que ha perdido definitivamente toda brújula moral, y se ha convertido en el cabecilla de un tentacular entramado criminal.

«Fue en aquella época en la que Castro comenzó a obsesionarse con el estilo de vida de sus investigadores. Muchos eran unos auténticos capullos, drogatas sin remedio recién salidos de prisión que no sabían hacer otra cosa más que aquello que

los había llevado de cabeza al agujero, pero había otro tipo de delincuentes que el sargento detestaba con profunda intensidad: aquellos que daban buenos palos y se dedicaban a pegarse la gran vida, haciendo ostentación en sus perfiles de Facebook e Instagram, tumbados al sol en la cubierta de un barco, posando junto a un chef famoso en su restaurante o al volante de un Maserati. Aunque jamás lo hubiera reconocido en voz alta, sentía una mezcla de odio y envidia hacia aquella panda de hijos de puta e iba a por ellos sin contemplaciones.

Hacía poco que había cumplido los cuarenta y no dejaba de preguntarse si eso era lo que le aguardaba el resto de su vida: currar como un desgraciado mientras veía a aquellos delincuentes vivir a todo tren, carentes de remordimientos.

Joder, se había equivocado de bando.

Se había equivocado.

Sin proponérselo, Castro había comenzado a prepararse mentalmente para cruzar la gran línea roja.»

LA OTRA BARCELONA

Hospitalet, Sant Feliu de Llobregat, Rubí, Viladecans, Vilanova i la Geltrú, Gavà, Cornellà... *Un trabajo limpio* nos transporta a esa Barcelona que no sale en ninguna guía turística y que, cuando es noticia, con frecuencia se debe a motivos turbios o trágicos. No a la Barcelona capital, pues, sino a la Barcelona sureña, la de la gran Área Metropolitana, la comarcal, la provincial, ergo, la obrera, la inmigrante, la desatendida. Esa otra Barcelona que en el libro la componen polígonos semiabandonados, naves industriales fantasmales, barrios conflictivos, edificios colmena, pisos sucios, gimnasios de medio pelo... una geografía marcada por el delito y la precariedad, donde para muchos la mera supervivencia es el objetivo diario. Un terreno tan vasto como inhóspito, dentro de cuyos límites florece el mayor paraíso de la droga en Europa.

Esta descripción del barrio de El Gornal, en Hospitalet, ilustra el tipo de ambientes en los que discurre la novela:

«El Gornal no era un lugar donde se pudiera hacer una vigilancia tranquila y prolongada; más pronto que tarde, la presencia policial era advertida por ojos expertos en detectarlos. Y eso ponía nervioso al personal. Además, tampoco disponían de tiempo, de modo que subieron directamente al quinto tercera por las escaleras (el ascensor no funcionaba, probablemente porque solo un tercio de los vecinos estaría dispuesto a correr con los gastos de la comunidad) y comenzaron a aporrear la puerta y a llamar al timbre.

Pero nadie abrió.

La puerta estaba remendada en la parte de la cerradura y a mitad de la plancha frontal, lo que indicaba que allí, tiempo atrás, se había producido una entrada y registro. Aquel era el autógrafo de las unidades antidisturbios. Firmaban con ariete».

EXTRACTOS

«Arcadi Soler había comenzado a avanzar por el hall, pisando cristales, restos de yeso y trípticos publicitarios, cuando alzó su rifle de caza mayor, municionado con proyectiles del calibre 308 Winchester, de casi siete centímetros de longitud, apuntó hacia la mampara de cristal del despacho de Dolores Casal y ¡bum!

Jamás había disparado entre cuatro paredes, y la detonación sonó con fuerza ensordecedora. El proyectil dejó un orificio a su paso por la mampara y miles de grietas se expandieron desde aquel punto.

Un rato antes, en ese mismo lugar, algo en la cabeza de Arcadi había hecho clic. La última bombilla de su cerebro se había apagado y el mundo había quedado en penumbras. Y, a partir de aquel momento, tan solo pudo pensar en mandarlo todo a paseo y llevarse por delante a aquella zorra.

Oyó gritos procedentes de detrás del mostrador, pero su vista seguía fija en el cristal agrietado que se interponía entre él y el despacho. Sin dejar de avanzar, tiró del cerrojo del arma y recargó.

Una figura oscura asomó tras aquel vidrio resquebrajado y, ¡bum!, descargó un segundo taponazo que, esta vez sí, provocó que la mampara se viniera abajo. Y no solo la mampara, el cuerpo al que había disparado también había caído. Sabía que había acertado de pleno.»

«Se le acumulaba la faena.

Justo cuando acababa de enviarle el último mensaje a Silvia, vio al motorista salir del edificio. Y no iba solo.

Lo acompañaba un tipo alto y delgado, con los brazos tatuados. Llevaba una riñonera cruzada frente al pecho con los colores de la bandera africana.

Saúl, todavía con el móvil en la mano, los encuadró y los cosió a fotos.

El motorista parecía cabreado; el otro hablaba de vez en cuando y se encogía de hombros. Se aproximaron a la moto. Intercambiaron un par de frases y el motorista se puso el casco y los guantes. Encendió la Honda y montó.

Era el momento de decidir qué hacer: saltar al volante y seguir de nuevo al motorista... O cambiar de objetivo.

Al motorista lo tenía identificado y sabía dónde vivía.

De modo que optó por el cambio. A ver quién era aquel nuevo personaje que aparecía en el tablero.

El motorista se largó y el otro tipo echó a andar por Carmen Amaya, en sentido a la Gran Vía. Se detuvo un par de veces para intercambiar algunas palabras con un par de hombres, primero, y una mujer con un crío, después. Justo cuando estaba a punto de perderlo de vista, Saúl decidió salir discretamente del Focus y comenzó a andar en paralelo a él, por el paseo central de la avenida.

El tipo se detuvo frente a un coche negro.

¿Era un Fiat Stilo?

¡Sí, joder! Un puto Fiat Stilo negro.

Se subió en él.

Saúl no podía ver la matrícula; los coches aparcados junto al paseo se lo impedían.

El coche se puso en movimiento. Maniobró y comenzó a desplazarse Carmen Amaya arriba.

Saúl avanzó rápidamente en dirección a la calzada, con su teléfono móvil pegado a la oreja. Parloteaba sin sentido, como si mantuviera una conversación, mientras cruzaba la calle justo después de que el Fiat Stilo pasara a toda prisa. La cámara del teléfono enfocaba al coche, que se alejaba cada vez más.

Y comenzó a pulsar el botón, haciendo fotos como un poseso.

Cuando el vehículo desapareció, echó un vistazo a la galería de imágenes y vio un porrón de fotografías descentradas y movidas. En tres de ellas se leía perfectamente la matrícula.»

«Por lo general, la gente suele tener una visión positiva de sí mismo, y Román Castro no era una excepción. Él se consideraba un buen policía, mucho mejor que la mayoría.

Invertía horas y esfuerzo en meter en prisión a mamones sin miramientos que iban por la vida jodiendo al prójimo, y lo conseguía, vaya si lo conseguía, atando todos los cabos necesarios para que la instrucción de cada caso que investigaba fuera contundente y sin fisuras.

Como compensación por tanta dedicación, utilizaba el sistema en su propio beneficio. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, se trataba de un sistema imperfecto, con demasiadas carencias, lento, deficiente e injusto... un panorama ideal para sacar tajada.

Castro era hábil tranquilizando su conciencia; si ponía en una balanza las cosas buenas y malas que hacía, las primeras ganaban a las segundas por goleada. Vale que vendía información a delincuentes, escamoteaba dinero durante las entradas y registros, y, desde hacía una buena temporada, asaltaba a traficantes de marihuana, pero para él todo eso resultaba insignificante en comparación con el número de casos resueltos a lo largo de su carrera, los grupos criminales desarticulados, los atracadores apartados de circulación, las armas sacadas de la calle y la droga intervenida. No había color.

O eso pensaba él, al menos.

Su nivel de remordimientos era igual a cero.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Contra qué tópicos en torno a la representación de la labor policial en las ficciones literarias y audiovisuales diríais que se rebela la novela?
2. ¿Ha habido algún aspecto en concreto sobre las metodologías o protocolos que deben atender las fuerzas de seguridad que os haya llamado la atención?
3. La mosso d'esquadra Silvia Mercado es una mujer llena de recursos de la que también se nos muestra su lado vulnerable. Valorad el grado de credibilidad que transmite el personaje y en qué difiere y en qué se parece a otras policías surgidas de la imaginación.
4. ¿Diríais que el escritor se esfuerza por hacernos entender los motivos de delincuentes y criminales, llegando en ocasiones a buscar nuestra empatía?
5. ¿Qué opinión os merecen las autojustificaciones del sargento Román Castro a su comportamiento delictivo? ¿La revelación de que detrás de él está el Capi llega como una bomba o diríais que el autor deposita alguna pista?
6. A partir de la figura de Castro, analizad otros conflictos éticos a los que se enfrentan algunos de los personajes que también están del lado de la ley.
7. ¿Cómo diríais que está representada la mujer a través de personajes secundarios como los de Dolores Casal, Olga Urrutia o Luz?

8. Xus González recurre con frecuencia a un lenguaje coloquial que no rehúye las palabras y expresiones malsonantes. ¿Diríais que está plenamente justificado?
9. Comentad el manejo de los giros narrativos y otros mecanismos para causar sorpresa en el lector.
10. *Un trabajo limpio* discurre en una Barcelona turbia y desangelada. ¿De qué modo los escenarios físicos son trasuntos de la personalidad de sus habitantes?
11. ¿Qué pensáis que llevó al escritor a titular la novela *Un trabajo limpio*? ¿Invita a diversas lecturas?
12. ¿Qué opinión os merece el recurso del humor y la violencia desatada en ciertos pasajes? ¿Podríais establecer paralelismos con otros libros o películas?
13. Valorad los motivos que pueden haber impulsado al autor a decantarse por un final esperanzador.

EL AUTOR

© Xavier Torres-Bacchetta



XUS GONZÁLEZ (Terrassa, 1978) es licenciado en Ciencias Ambientales y Comunicación Audiovisual. Ingresó en el cuerpo de Mossos d'Esquadra en 2004 y desde el año 2006 es agente de investigación avanzada en la División de Investigación Criminal. Ha trabajado en todo tipo de casos, especializándose en asaltos

violentos a interior de domicilio, donde el robo de droga entre criminales es una de las principales causas. En 2013 publicó su novela debut, *Abandonar el juego*, y desde entonces ha participado y colaborado en varios festivales de novela negra, como BCNegra y Collbató Negre. *Un trabajo limpio* (2022) es su segunda novela.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Lo que busco es que si un policía lee la novela piense: “Él es policía y ha reflejado nuestro día a día”. Si en otras novelas se prioriza la trama o el hecho de que los policías son perfectos, es otro tipo de novela, no lo que yo quiero escribir. Quiero escribir una novela en la que se vea reflejado todo lo que yo vivo cada día.»

«En la novela muestro nuestro día a día y no somos Robocop. Nos pasa lo que a todos, uno que acaba de ser padre va a trabajar sin dormir o las dificultades para conciliar, por ejemplo. Quiero que en mis novelas se vea esa realidad, la relación con los compañeros, si te llevas mejor o peor con tu jefe, si puede haber gente con más o menos aspiraciones que pretenda hacer méritos, cómo nos condicionan para trabajar las preocupaciones familiares o los horarios de los turnos. Igual que en otros trabajos.»

«Muchas veces pensamos que el policía es una persona, entregada al 100 % en su trabajo, que no se queja, que siempre está investigando; y es una profesión como cualquier otra, con gente que se cansa, que tiene ganas de irse con la familia a casa o que tiene problemas.»

«Me es más fácil meterme en la cabeza de un policía, ya que soy policía, pero es un ejercicio entender a los delincuentes. La gente no es mala de por sí. Una persona puede delinquir y llamarle a eso “trabajo”, como yo he escuchado en llamadas telefónicas de un hijo que habla de cómo su padre “sale a trabajar cada noche” cuando va a robar.»

(Declaraciones extraídas de una entrevista concedida por el autor al periodista Germán González del diario *El Mundo* y publicada el 2 de febrero de 2022.)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una novela policiaca que atrapa al lector desde las primeras líneas.»

La Vanguardia

«Sus personajes, policías y delincuentes de la periferia de Barcelona, son más reales de lo que podríamos imaginar.»

Ella y el abanico

«Repleta de acción trepidante.»

Diari de Rubí

«Muy recomendada: rápida y ágil.»

Golpes de katana

